24 DE MARZO

PRESENTES

HAROLDO CONTI



Ministerio de Educación

tenemos patria

Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL DE LECTURA
Coordinadora del Plan Nacional de Lectura: Adriana Redondo
Coordinación editorial: Natalia Volpe
Edición: Jéssica Presman
Diseño gráfico: Mariel Billinghurst, Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez
Selección de textos: Claudio Pérez
Revisión: Silvia Pazos

Colección: Presentes

"Perdido" y "Los caminos", en *Cuentos Completos*, Buenos Aires, Emecé, 1994.

Agradecemos a los familiares, amigos y editores de los autores
que brindaron su aporte para hacer posible esta colección.

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura. Pizzurno 935 (C1020ACA)
Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075 / 1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, febrero de 2015.

PERDIDO

.....

El tren salía a las ocho o tal vez a las ocho y media. Recién diez minutos antes enganchaban la locomotora pero de cualquier forma el tío se ponía nervioso una hora antes. Todos los del pueblo eran así. Apenas llegaban y ya estaban pensando en la vuelta. Su padre había hecho lo mismo. La mitad del tiempo pensaba en las gallinas, que comían a su hora, o en el perro, que había dejado en lo del vecino. Para él Buenos Aires era la Torre de los Ingleses, Alem, la Avenida de Mayo y, por excepción, el monumento a Garibaldi, en Plaza Italia, porque la primera vez que vino, con la vieja, se extraviaron y fueron a parar allí. Se sacaron una foto y el tipo de la máquina los puso en un tranvía que los llevó a Retiro. De cualquier forma llegaron una hora antes y con todo estaban tan excitados que casi se meten en otro tren.

Mientras cruzaba la Plaza Británica con aquella torre que de alguna manera presidía su vida, vista o entrevista a cualquier hora del día en que pisó Buenos Aires, y luego los años y toda la perra vida, y ahora esa vieja tristeza que le nacía de adentro, bueno, y la torre siempre allí como el primer día, mientras cruzaba la plaza, pues, vio al tío por anticipado en un rincón del hall del Pacífico (ellos todavía decían Pacífico) encogido dentro del sobretodo que olía a tabaco, con la valija de cartón imitación cuero a un lado y un montón de paquetes sobre las rodillas, manoseando el boleto de segunda dentro del bolsillo para asegurarse de que todavía seguía allí.

Lo había llamado dos o tres veces desde el hotel Universo pero él estaba fuera y la muchacha entendió las cosas a medias. Después trató de llegar hasta la casa, a pie, por supuesto, pues los troles y los colectivos lo espantaban. Se había extraviado en algún punto de Leandro Alem y antes de perder de

vista la Plaza Británica prefirió volver a Retiro y esperar el tren.

Hacía un par de años que Oreste no veía al tío pero estaba seguro de encontrarlo igual. La misma cara blanca y esponjosa salpicada de barritos y de pelos con aquellos ojos deslumbrados que se empequeñecían cuando miraba algo fijo, el moñito a lunares marchito y grasiento, el mismo sobretodo negro con el cuello de terciopelo, el chambergo alto y aludo que se calzaba con las dos manos y el par de botines con elásticos.

La estación Pacífico se había empequeñecido con los años. Eso parecía, al menos. En realidad era un mísero galpón con un par de andenes mal iluminados. En otro tiempo, sin embargo, veía todo aquello coloreado por una luz misteriosa. La propia gente estaba impregnada de esa luz. Era espléndida, leve y gentil, como si no fuera a cambiar ni a morir nunca y la estación lucía como un circo. Pero la gente había cambiado de cualquier forma y la vieja estación Pacífico lucía ahora como lo que era, un mísero galpón de chapas lleno de ruidos y olor a frito.

Vio al tío en un banco, debajo del horario de trenes. Parecía muy pequeño e insignificante. Tenía las manos metidas en los bolsillos, las piernas bien juntas, un paraguas sobre las rodillas y la mirada perdida en el aire.

Miraba en su dirección pero no lo veía. No veía nada. Reaccionó cuando lo tuvo delante.

–¡Oreste!

Se abrazaron y se besaron, de acuerdo a la vieja costumbre. Oreste dejó que el tío lo palmeara un buen rato. Tenía ese olor familiar, un olor masculino que evocaba a aquellos hombres reservados de su infancia que le sonreían, con breve indulgencia, como el tío Ernesto, grande como un ropero y delante del cual tragaba saliva invariablemente, o el gran tío Agustín, la única vez que lo vio el día que vino de Bragado en aquel Ford A con cadenas que echaba una nube de vapor por el gollete del radiador, o al propio tío Bautista cuando era el mismo por entero y no apenas esta sombra.

Se apartaron y el tío preguntó sin soltarle los brazos:

–¿Cómo va?

–Bien, bien.

Se miraron y sonrieron un rato y después se volvieron a abrazar.

–¿Y usted, qué tal?

–Bien, bien.

–¿La tía?

–Y, bien...

Le puso una mano sobre un hombro y lo miró largamente.

Oreste sonrió despacio. Estaba acostumbrado a aquel estilo.

–¿A qué hora sale el tren?

–A las ocho y media.

–Son las siete y cuarto. Vamos a tomar algo.

–No... mejor nos quedamos aquí. ¿Adónde vamos a ir? Entre que arriman el tren y enganchan la locomotora se va el tiempo.

–Sí, pero nosotros no tenemos nada que ver en todo eso. Vamos.

–¿Y adónde? No hagas cumplidos conmigo, hijo.

Estuvieron forcejeando un rato hasta que por fin lo convenció y se metieron en el bar de la estación. Consiguieron un lugar desde el cual, a través de una perspectiva complicada, veían un pedazo del andén número 4.

Oreste pidió Hesperidina y el tío, a fuerza de insistir, un Cinzano con bíter.

–¿Cómo se largó hasta aquí?

–¡Eh!... hacía tiempo que lo tenía pensado.

El tío miró el reloj del bar y puso cara de espanto.

–Está parado –dijo Oreste sujetándolo por un brazo.

No parecía convencido. Sacó y examinó el viejo Tissot con agujas orientales.

–¿Que te decía?... ¡Ah, sí! Vine a ver a mi primo, Vicente. Hacía seis años que no lo veía. Somos del mismo pueblo, Baigorrita. Le estaba prometiendo siempre. Que hoy, que mañana.

Sorbió un traguito de Cinzano.

–Está viejo. Casi no lo conozco.

Permaneció un rato en silencio con el mismo gesto abstraído que tenía cuando esperaba en el hall.

–¿Qué tal? ¿Cómo va eso? –volvió a preguntar con desgano.

–Bien, bien.

–¿Se progresa?

–Se progresa.

Se miraron con afecto, sonrieron y callaron.

El tío había sido siempre así. El tío y todos ellos.

–Traje una punta de encargues. La tía me pidió unas latas de Sal de Hunt. Hace más de un año que anda detrás de eso. Fui a buscarlas a Junín hace dos meses. No... en noviembre. Hace cuatro meses.

–¿Para qué sirve?

–Para el estómago. Es una gran cosa. La gente toma ahora toda clase de porquerías, pero esto es realmente bueno.

Silbó una locomotora y el tío se alarmó.

–Falta todavía.

Volvió a mirar el reloj y sorbió otro poco de Cinzano.

–Bueno, fui a la Franco-Inglesa y conseguí todo lo que quise. Le mostré el tarrito al tipo y me dijo: “¿Cuántos quiere?”. Apenas lo miró. ¿Te das cuenta?

Dentro de un rato iba a desaparecer en la ventanilla de un vagón de segunda y no lo vería hasta dentro de cuatro o cinco años. Había otros cinco antes de ahora. Su viejo desapareció así un día y no lo vio más.

–¿Qué tal todo aquello? –preguntó Oreste después de un rato.

Todo aquello. Era un roce lastimero, un crepitar de años envejecidos, una pregunta hecha a sí mismo, a un negro hoyo de sombras.

–Igual.

–¿Los muchachos?

–Siempre igual.

Callaron otra vez.

El tío hizo girar la copa y sorbió el último trago.

–¿Qué hora es?

–Las ocho menos cuarto.

El tío sacó el reloj y lo observó inquieto.

–Casi menos diez. ¿Vamos?

Oreste dudó un rato.

–Vamos.

Estaban enganchando la locomotora. El tío recogió los paquetes y la valija y comenzó a caminar apresuradamente hacia el andén número 4. Parecía haberlo olvidado.

Oreste trató de tomarle la valija y el tío lo miró con extrañeza.

–Está bien, muchacho. No te molestes.

–Dele saludos a la tía. A todos.

–Gracias, querido. Gracias.

Corrieron a lo largo del tren tropezando con los tipos de segunda que corrían a su vez como si la estación se les fuera a caer encima y metían por las ventanillas los chicos o las valijas para conseguir asiento. El tío trepó a uno de los vagones cerca de la locomotora y al rato sacó la cabeza por una ventanilla.

–¿Cuándo vas a ir por allá? –preguntó mirando más bien a la gente que se apiñaba sobre el andén.

–Apenas pueda.

–Tenés que ir, eso es. ¿Cuándo dijiste?

–Cuando pueda.

El tío se apartó un momento para acomodar la valija. Después se sentó en la punta del banco y permaneció en silencio.

Se miraron una vez y el tío sonrió y dijo:

–¡Oreste...!

Él sonrió también, desde muy lejos, al borde del andén.

Sonó la campana y el tío asomó apresuradamente medio cuerpo por la ventanilla.

–¡Chau, querido, chau! –dijo y lo besó en la mejilla como pudo.

Trató de besarlo a su vez pero ya se había sentado.

El tren se sacudió de punta a punta. El tío agitó una mano y sonrió seguro.

Oreste corrió un trecho a la par del tren. Corría y miraba al tío que sonreía satisfecho, como aquellos hombres de la infancia.

Luego el tren se embaló y Oreste levantó una mano que no encontró respuesta.

LOS CAMINOS

.....

y aunque la línea está cortada señalando el fin
yo sólo digo adiós hasta que nos veamos de nuevo.

Bob Dylan

A veces pienso que los días de mi vida se parecen a las teclas de esta máquina. Son redondos y precisos y justamente porque no hacen otra cosa que escribir.

Paco Urondo me ha dicho quiero que escribas algo para el *Diario* de Mendoza. Y yo le he dicho que bueno, que sí a esa voz precipitada que se dispara desde algún rincón de esta madre Baires y atraviesa una milla de paredes, y antes de colgar la voz me ha dicho un día de estos tomamos un café y charlamos y yo he dicho que sí, que bueno y le he pedido a mi vieja que me sirva un café y bebo en honor de Paco este solitario café que de otra manera se enfriaría en el pocillo esperando el día porque aquí no hay tiempo realmente para las ceremonias del ocio y todo se reduce a voces y urgencias y paredes y señales.

Y ahora me siento a escribir y en el mismo momento, a seiscientos kilómetros de aquí, mi amigo Lirio Rocha se sienta en la puerta de su rancho, porque sus días son igualmente redondos, solo que en otro sentido, y si el mar lo permite son también precisos, a su manera, se sienta, como digo, en la puerta de su rancho, en la Punta del Diablo, al norte de Cabo Polonio, entre el faro de Polonio y el de Chuy, y mira el mar después de cabalgar un día sobre el lomo de su chalana, porque es el tiempo de la zafra del tiburón, ese oscuro pez del invierno

hecho a su imagen y semejanza, y se pregunta (es necesario que se pregunte para que yo siga vivo porque yo soy tan solo su memoria), se pregunta, digo, qué hará el flaco, es decir, yo, seiscientos kilómetros más abajo en el mismo atardecer. Y entonces yo me pregunto a mi vez qué es lo que hago realmente, o para decirlo de otra manera por qué escribo, que es lo que se pregunta todo el mundo cuando se le cruza por delante uno de nosotros, y entonces uno pone cara de atormentado y dice que está en la Gran Cosa, la misión y toda esa lata, pero yo sé que a mi amigo Lirio Rocha no puedo decirle nada de eso porque él sí que está en la Gran Cosa, esto es, en la vida y que yo hago lo que hago, si efectivamente es hacer algo, como una forma de contarme todas las vidas que no pude vivir, la de Lirio por ejemplo, que esta madrugada volverá al mar, de manera que se duerme y me olvida.

Y yo dejo de golpear esta máquina. Y ahora, que es noche cerrada y las voces y las paredes se han muerto hasta mañana y la Gran Noche de Baires se parece al mar, pongo un disco de Jobim para no morirme del todo y pienso en mi otro amigo, porque es el momento de los amigos y las ausencias, mi amigo Alfonso Domínguez, capitán, que vive también frente al mar, algunas millas más abajo sobre el lomo salado del Cabo de Santa María y que toca la flauta como Herbie Mann y talla mascarones como el Aleijadinho y aparte de eso calcula la derrota de cada barco que pasa en el horizonte y bebe una copa de vino a cada cambio de viento, siempre que no tarde demasiado, y entonces vuelvo a golpear otra tecla y otra porque me digo que, después de todo, nadie sabrá de ellos si no es por este viejo artificio, y que es igualmente urgente y necesario que mi amigo Antonio Di Benedetto y Mercedes del Carmen Thierry, que tiene los ojos más sabios del mundo, y don Florencio Giacobone que vive en Rivadavia y prepara las mejores conservas de este lado de la tierra y que todos los inviernos baja al Delta a faenar un par de cerdos en el almacén del Nene Bruzzone, que nació en las islas y tripuló aquel doble par de leyenda con el flaco Bataglia cuando todos los remeros eran campeones, y el resto generoso de los

muchos y buenos amigos de Mendoza tengan noticias de estos otros amigos que viven frente al mar, y es así que por fin entiendo cuál es la Gran Cosa, porque yo los junto a todos ellos, salto sobre las distancias y el tiempo y los junto a todos ellos en esta mesa del recuerdo que tiendo y sirvo para mis amigos.

(septiembre de 1969)

HAROLDO CONTI

Nació en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, en 1925. Allí pasó los primeros años y la juventud, y también cursó siete años de seminario en la congregación salesiana junto al padre Luis Castellani, una de las últimas personas que lo vería con vida. Estudió filosofía en la Universidad de Buenos Aires, donde se graduó en 1954. Fue docente, escribió cuentos y novelas, integró jurados literarios y colaboró en la redacción de la revista *Crisis*. Publicó su primera novela, *Sudeste*, en 1962. Le siguieron *Alrededor de la jaula* –llevada al cine por Sergio Renán con el título *Crecer de golpe*–; *En vida* –premiada en España por un jurado integrado por Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez– y los libros de cuentos *Todos los veranos*, *Con otra gente* y *La balada del álamo carolina*. En 1972 fue seleccionado para recibir la beca Guggenheim, subsidio que rechazó por representar este "una de las formas más sutiles de penetración cultural" en América Latina. En 1975 apareció la novela *Mascaró, el cazador americano*, Premio Casa de las Américas, Cuba.
Haroldo Conti fue secuestrado en la madrugada del 5 de mayo de 1976. Aunque hacía meses que recibía amenazas se negaba a abandonar el país; "uno elige", fue toda la respuesta que le dio a Gabriel García Márquez por carta. Frente a su escritorio había colgado un cartelito escrito en latín: "Este es mi lugar de combate, y de aquí no me voy".

ALGUNAS DE SUS PUBLICACIONES

Sudeste (novela, 1962); *Todos los veranos* (cuentos, 1964); *Alrededor de la jaula* (novela, 1967); *Con otra gente* (cuentos, 1967); *En vida* (novela, 1971); "Una misma sangre" (artículo que integró *Informe sobre Trelew*, 1974); *La balada del álamo carolina* (cuentos, 1975).

A mí me han hecho los hombres que andan bajo el cielo del mundo
buscan el brillo de la madrugada
cuidan la vida como un fuego

Referencias, datos personales (fr.), Juan Gelman



PLAN NACIONAL DE LECTURA